

y sus derechos, no creemos necesario detenernos en más detalles concretos. Lo impide además la necesaria brevedad de esta nota.

En resumen, pues, se trata de un esfuerzo magnífico, pero viciado en su raíz. No cabe una teoría jurídica completa del hombre con el desconocimiento de la ley natural. El recto orden establecido por Dios exige que el derecho, como todas las realidades sociales, ayuden al hombre a conseguir su fin, no precisamente a servirse de él como de un mero instrumento para el logro de fines políticos.

Magistralmente lo enseña Pío XII en su discurso conmemorativo del 50.º aniversario de la "Rerum Novarum": "Tutelar el campo intangible de los derechos de la persona humana y hacerle llevadero el cumplimiento de sus deberes, debe ser oficio esencial de todo Poder público" (N. 9).

F. V. U.

LUDWIG VON MISES. "Bureaucracy". Glasgow, Edinburgh, London; William Hodge. 1945. 148 páginas.

La burocracia y lo que con ella se relaciona, tiene en la vida corriente una conexión con el insulto. El adjetivo burocrático, como el de burgués, ha hecho de lo oprobioso, de lo despreciativo, su más amplia dimensión. ¿Hay una justificación para este hecho? ¿Qué es lo que de malo se achaca a la burocracia?

Pero primero, ¿en qué consiste? La burocracia es un sistema de administración por medio de elementos jerarquizados, cuya única misión es realizar las órdenes marcadas, y que excluye el campo de las iniciativas personales.

De esta definición pueden deducirse directamente las características que a la burocracia se aplican, en cuanto sistema rutinario, quieto, percioso, no apropiado para el progreso.

Defectos graves que nos hacen investigar si existe un método de administración más apropiado, pa-

ra lo que habremos de distinguir dos órdenes distintos.

El primero es el campo de los negocios privados, en el cual parece mucho más conveniente adoptar un sistema que conceda amplio margen en la elección de los medios a los elementos subordinados, que procurarán escoger los más apropiados, porque del resultado del negocio depende el suyo propio. Este sistema supera al burocrático, en el campo de las relaciones privadas, ya que la burocracia es mordaza que elimina la tendencia hacia la superación y el progreso, que excluye el resultado de la más grande parte de las inteligencias, para sólo dar vigencia a la del superior o del Estado. La responsabilidad del empleado, del jefe de sección o de otra rama determinada, no es conveniente que quede limitada al cumplimiento estricto de las normas que vengan de arriba, sino que debe tener también la de entresacar los medios más en armonía para conseguir la mayor ganancia posible.

El segundo orden, es el que se refiere a los asuntos de gobierno. En él "no se puede hacer nada sin "bureaux" y métodos burocráticos" ya que la unidad política quedaría rota. "Y como la cooperación social no se puede dar sin un gobierno civil, un cierto índice de burocracia es imprescindible. Lo que el pueblo detesta no es la burocracia como tal, sino su intromisión dentro de todas las esferas de la vida y actividades humanas."

Esto último nos anuncia la existencia de un tercer orden en la burocracia: La acción del Estado limitando las libertades individuales, gobernando económicamente cada una de las relaciones sociales, convierte al país en un grandioso sistema burocrático. Por lo que podemos decir que detrás de la regulación exagerada de los precios, de las limitaciones en los beneficios, de la eliminación del mercado libre, en suma, está la implantación de una burocracia universal, determinada no sólo por el aumento de las oficinas que vienen a ser precisas, sino también porque el conjunto de ciudadanos se limi-

ta a llevar a cabo una misión: Obedecer rigurosamente.

Esto tiene una raíz profunda. ¿Cuál es? Dice von Mises que esta intromisión es "un instrumento para la ejecución de los planes totalitarios, siendo, por tanto, la lucha contra la exageración burocrática, una revuelta contra la dictadura totalitaria". La burocracia supone una avanzadilla del totalitarismo sobre el campo democrático. A largo plazo es sustituida por el socialismo. Y ¿qué aspecto presenta la vida en una sociedad burocratizada? La existencia es entonces de color gris, monótona, sin impresiones, porque las grandes ilusiones no pueden darse. No es posible pensar en un porvenir brillante, que en el orden de los negocios no es conseguible, y en el de las ideas tampoco.

En el de los negocios por las trabas estatales, por la imposibilidad de obtener grandes ventajas, y construir fortunas.

Y en el de las ideas, tampoco, porque se ha convertido también en burocracia la enseñanza, y los profesores han parado, como todos, en empleados. Porque no solamente se ha suprimido a la Universidad su carácter de "universitas", de persona jurídica, con poderes propios y relaciones y movimientos independientes, sino que también ha sido despojada de la libertad de enseñanza. Los maestros se limitan a hacer aprender lo que el Estado y sus conveniencias políticas dictan. "El totalitarismo europeo —dice textualmente von Mises— es el resultado final de la preeminencia de la burocracia en el campo de la educación. Las Universidades preparan el camino a las dictaduras."

En un mundo así, ¿qué sueños pueden ser los de la juventud? Von Mises dice que adquirir un puesto en la administración. Su horizonte intelectual es tan sólo la jerarquía, las reglas y regulaciones. Su suerte estará pendiente completamente, del favor de su superior. Estará sujeta a su capricho y vaivén, no solamente en cuanto a los deberes del cargo, sino en toda su vida. Su oficio será halagar y adular a

quien esté por encima, porque la valoración no se hace sobre el trabajo desarrollado, sino por consideraciones personales.

Don Benito Pérez Galdós, gran retratista de la sociedad, tiene, entre otras, dos obras: "Tormento" y "La de Bringas", en las que se advierten plasmadas estas ideas. Los llamados funcionarios están pendientes de agradar a sus jefes, y los servicios personales, suyos y de sus familiares, son los que determinan su fortuna. En la sociedad burocrática son sobre todo de valor las buenas relaciones, que otorgan un puesto en la Administración, y producen ascensos en el escalafón. El cómo realice el cargo es lo de menos. E incluso, si no lo realiza, es lo mismo. Lo interesante es ser agradable al superior.

La consecuencia está en aquel "vuelva usted mañana" de nuestro Larra.

Y así, pues, la rutina, la pereza, la falta de innovaciones, el favoritismo, son las características del burocratismo. Sin embargo, cabría tomar en cuenta si es que la burocracia no es elemento apropiado para el desenvolvimiento de las letras, siempre que coexista con cierta libertad. Porque una mirada a la Historia de las Letras nos haría conocedores de la cantidad de escritores que gozaron del favor de una nominilla. Una gran parte de los escritores han pertenecido al clero o a la burocracia, pues el ocio es el elemento necesario para el desarrollo de las artes.

Mas esto sería tan sólo uno de los pocos bienes que podrían resultar del mal de la burocracia, pues parece efectivo que el sistema que nos preocupa lo es. Lo más conveniente será, pues, reducirlo al mínimo necesario.

Y para esto, se pregunta von Mises, ¿existe algún remedio aprovechable? Y responde que sólo la educación de los ciudadanos, el predominio de la razón, el aprecio de la libertad y la democracia, pueden salvarnos de caer en la presa de falaces fantasías, que nos quieren hacer del mundo un Edén, por medio de la conversión del ciudadano en un engranaje de la gran

máquina del Estado. La exigencia de la libertad es el único medio para arrancar las más profundas raíces, y con ello quitar vida a las ramas manifiestas.

Y es esta una tónica que se observa a lo largo de la obra, clara en la exposición, razonada en las ideas. Von Mises pone sus alabanzas del lado del capitalismo, del sistema liberal. Bajo estas formas, dice, "la vida es digna de vivirse porque está llena de esperanzas".

Mientras que al socialismo dirige duras invectivas. Véanse estas frases del final: "Los campeones del socialismo se llaman progresistas, mas recomiendan un sistema que se caracteriza por la observancia rígida de la rutina, y la resistencia a cualquier clase de innovación. Se llaman liberales, pero no intentan sino abolir la libertad. Se llaman demócratas, mas anhelan la dictadura. Se llaman revolucionarios, pero quieren hacer del gobierno algo omnipotente. Prometen las bendiciones celestiales, mas pretenden transformar al mundo en una gigantesca oficina de Correos. Cada hombre no será sino un elemento subordinado de un buró, ¡qué seductora utopía!, ¡qué noble causa para luchar!"

M. A. H.

FRANCISCO GUTIERREZ LASANTA: "Pensadores políticos del siglo XIX". Editora Nacional. Madrid, 1949. 384 páginas.

Hablamos recibido el libro del señor Gutiérrez Lasanta, "Pensadores políticos del siglo XIX", con la esperanza de hallar en él un ensayo de sistematización de nuestro pensamiento juspolítico ochocentista. Sin embargo, la lectura de esa obra desvaneció muy pronto aquella confianza nuestra. "Pensadores políticos del siglo XIX" no es un libro sobre la historia de las ideas políticas españolas —al menos, es claro, en el sentido serio, científico, que habitualmente se otorga en las cátedras universitarias a esta rama del saber—. Se trata, realmente, de una obra de

horizontes más modestos. Tal vez el propio autor no haya pretendido traspasar los linderos de la prosa que hoy se enmarca bajo el epígrafe ambiguo de "actualidad política".

El señor Gutiérrez Lasanta destaca en este grueso volumen una serie de "coincidencias" doctrinales de los pensadores polilticocatólicos de la centuria pasada. El término coincidencia tiene, en manos del autor, un valor de auténtica sincronización ideológica. Desde luego esta nota de unidad y armonía cuenta con una fácil explicación, y es que —tal cual escribe el propio señor Gutiérrez Lasanta— todos aquellos pensadores "bebieron en la misma fuente y ungiéron su espíritu en las mismas aguas consagradas por el santo crisma". Ya se comprende que aquella armonía o concordancia se refiere ordinariamente a lo substancial, a la estructura, a la naturaleza íntima de la doctrina, mas no a lo accidental, categoría o aspecto en el que pueden indicarse, sin grave esfuerzo, ligeras y naturales discrepancias —las que surgen, es claro, de la originalidad y talento particular de cada pensador—. Menéndez Pelayo, a este respecto, escribía que si "en lo secundario podían diferir; en lo esencial tenían que encontrarse siempre, porque la misma fe los iluminaba y la misma caridad los encendía".

Todas estas coincidencias, en fin, permiten al autor elaborar un cuerpo de doctrina, de gran profusión y riqueza de problemas, que constituye en gran medida el ideario de los pensadores católicos ochocentistas. Entre estos escritores y filósofos cita el señor Gutiérrez Lasanta, indistintamente, a los pensadores reaccionarios, a los grandes maestros tradicionalistas y a los políticos conservadores, que, en definitiva, son las tres vertientes fundamentales por que se desarrolló el pensamiento católico durante la centuria decimonónica. Mas esto no es óbice para que en algún momento de la obra, olvidando su inútil beligerancia, recuerde el autor hermosos pensamientos de